

EL MUSEO ETNOGRÁFICO DE ZAMORA
Y LA MÚSICA POPULAR TRADICIONAL
(Escrito publicado en La Opinión de Zamora (19-1-03))

Aprovechando las últimas espirales del rebufo que ha provocado en la opinión ciudadana la inauguración del Etnográfico, me animo también echar mi cuarto a espadas con el ánimo de dar alguna idea aprovechable, sobre todo en lo que se relaciona con mi oficio: las músicas populares de tradición oral. Y lo hago aunque nadie me ha dado vela en este entierro, pues a pesar de que he hecho alguna cosilla digna, creo yo, relacionada con la etnografía en el campo de la música a la que vengo dedicando los últimos treinta y cinco años de mi vida, no recibí invitación alguna, ni de los de antes ni de los de ahora, para asistir a la inauguración. Mira por cuanto, con motivo de un encuentro circunstancial, me llegó de bien arriba la invitación, en la misma mañana del festejo.

Y voy al grano después de esta entradilla, dejando caer primero algún comentario sobre el pasado de este nuevo ente cultural, en la medida de lo que conozco. Que en el principio están Antonio Redoli y Alfonso Bartolomé, es un hecho que no puede negarse o soslayarse sin faltar a la verdad. Que la primera intención no era, ni de lejos, adquirir fondos para un museo, también es otro hecho indiscutible. Que visto el interés de algunas de las piezas, cada vez más, que se iban adquiriendo, los fondos empezaron a cobrar una importancia que al principio no se percibía, también es seguro. Que al olor de lo que se vislumbraba interesante se empezaron a mover sin hacer mucho ruido, por si caía algo, antropólogos, etnólogos, historiólogos, etnógrafos, arqueólogos, folklorólogos y otros sin denominación pertenecientes a la especie de los especialistas en descifrar significados ocultos y arcanos simbolismos de los enseres, objetos, cacharros, cachivaches, útiles y chismes del creciente fondo perteneciente a la Obra Cultural de la Caja de Ahorros Provincial de Zamora, es otro hecho conocido sólo a medias, del que han salido al aire algunos nombres en estas dos semanas, haciendo valer títulos y currículos, y otros han andado sólo de boca a oído. Lo cierto es, y esto también es un hecho claro, que de entre aquella primera baraja de nombres fue designado Carlos Piñel, para que trabajase en la adquisición de nuevos fondos, y sobre todo en la catalogación, a partir de la cual fueron perfilándose géneros y especies, tipos y arquetipos, modelos y copias, y lo que antes no era más que una colección caótica, se fue convirtiendo en un fondo sistematizado y clasificado. Fue sólo entonces, porque antes no era posible, cuando se empezó a pensar en un museo, y cuando la Caja de Zamora, desbordada ante lo que podía ser un compromiso demasiado fuerte, hizo la oferta a la Junta, con la condición, acertadísima, de que si se hacía un museo se hiciera en Zamora. La Junta aceptó, y el Etnográfico ya está aquí.

La labor de Piñel y su conocimiento de los fondos del Museo está fuera de dudas. Que su presencia en la nueva institución es por el momento insustituible, parece evidente. Que quizá esté en peligro, se intuye. ¿A qué, si no es a que él teme algo, esa adulación encomiástica a Joaquín Díaz, cuando Carlos afirmaba en la entrevista del otro día que Joaquín merece un monumento en Zamora? Joaquín puede merecer un monumento por su labor, por su trayectoria, por sus trabajos acumulados, y puede ser Zamora el lugar, eso es lo de menos. Pero el mérito será en todo caso por esa labor de tantos años, no por una gestión de cuatro meses, que debido a las facultades que se le han otorgado recientemente ha logrado sacar al

Museo del callejón sin salida en el que estaba metido, debido a intrigas y forcejeos que es fácil imaginar. Y aunque Carlos no estuvo muy afortunado en la forma de lanzar su mensaje, es evidente que su trabajo, también muy largo, le hace acreedor, con el cargo que sea, a una responsabilidad alta en el funcionamiento del Museo Etnográfico de Zamora.

Y ya llego a la música, que es lo mío. Los fondos del Etnográfico relacionados con la música tradicional, a juzgar por los que aparecen en la exposición, no son muchos. Ni lo pueden ser, además. Si los hay, se reducirán a los cuatro instrumentos melódicos que estuvieron vivos y todavía sobreviven: la flauta con tamboril, la gaita, la dulzaina y el rabel. Y si acaso, para que también queden representados los usos musicales de los confines autonómicos, alguna guitarra, bandurria y laúd, y algún viejo acordeón diatónico, al que se le puede perdonar, por lo que tuvo de maravillosa caja de música para nuestros abuelos, el deterioro que produjo a veces en las melodías vetustas. Otro tanto puede decirse de los instrumentos de percusión, que quedan de sobra bien representados en las panderetas, panderos, castañuelas y tamboriles y zambombas, olvidando todos los otros idiófonos con que los musicántropos suelen engordar los catálogos de instrumentos tradicionales: almireces, morteros, fuelles, llaves, cántaros, zapatillas, cencerros, botellas granuladas, carracas, tapaderas, cucharas, silbatos, castrapuercas y otros. Toda esa cacharrería sonora de la que se echaba mano cuando no había un verdadero instrumento de percusión ya estará representada en otras secciones. Y en cuanto a las cien variantes de flautas, dulzainas, gaitas, bandurrias, guitarras y demás, mejor que estén en el museo de Urueña, donde al estar acumuladas, ya se pueden comparar.

El criterio orientador al pensar en las actividades musicales que podrían recibir impulso desde el Museo Etnográfico es muy claro, porque se basa sobre un hecho incuestionable: la mayor riqueza de la tradición musical de Zamora, y de toda Castilla y León, no está en los instrumentos, sino en las voces, no está en los toques instrumentales, sino en las canciones. Por cada tamborilero o gaitero o dulzainero siempre hubo por estas tierras cientos de cantoras y cantores a los que les bastaba muchas veces su sola voz, y si se trataba de animar los bailes, una pandereta, o en su defecto cualquier objeto, cacharro o chisme de los citados que hiciese ruido, para echar por la boca decenas y decenas de bellas tonadas que nunca se tocaron en los instrumentos.

Cómo podría el Etnográfico contribuir al conocimiento, a la recuperación, a la actualización, en la medida de lo posible y razonable, de todo ese inmenso tesoro de miles de canciones de estas tierras nuestras, es el problema que hay que resolver con acierto. Pero siempre sobre la base de que el Museo, en la sección musical, sea ante todo el de la voz, el de la canción popular tradicional. Sobre la base de la experiencia acumulada y de la calidad reconocida, hoy, después de más de tres décadas, ya se puede distinguir muy bien, entre cientos de personas y grupos que han venido trabajando sobre la canción tradicional, quién vale y quién es inútil, quién aburre y quién divierte, quién busca y quién imita, quién está documentado y quién es sólo enteradillo espabilado, quién pide ayuda para lo bien hecho y quién va a la caza de la subvención.

Alrededor de la voz, de la canción, y a partir de documentos sonoros archivables y "museables", valga el término aunque un poco pedante, se pueden imaginar y llevar a cabo actividades de múltiple signo, unas relacionadas con el valor testimonial del pasado y su conocimiento, otras con las distintas formas de

recuperación de lo que, en el amplísimo campo de la canción, pueda y deba sobrevivir. Y otras muchas, también, en el campo de la iniciación a la música en los colegios y de la práctica coral e instrumental en las escuelas de música y en los primeros cursos de los conservatorios. De todas ellas puede hacerse eco el Etnográfico poniendo en juego variadas fórmulas de convocatoria, de acogida, de estímulo.

Si se convoca a quienes han demostrado que saben hacer bien lo relacionado con cualquiera de estos campos de la música, y no son pocos grupos y personas en nuestra Comunidad, el Museo Etnográfico de Zamora podría llegar a ser una institución modelo en el campo de la canción popular tradicional.

Se tiene la ocasión de partir de cero y se está a tiempo de empezar bien.